

## MEDIACIÓN VALORAL EDUCATIVA<sup>1</sup>

*Eduardo Arias\**

Durante los últimos años se han venido incrementando en México las investigaciones en torno al tema de los valores. Resulta interesante preguntarse por qué instituciones tan diferentes abordan este tema haciendo fuertes inversiones económicas.<sup>2</sup> Si bien, el interés responde a distintas situaciones - "cambio de época", "pérdida de horizontes de nuestra sociedad", "caída de ideologías", "nuevos paradigmas"- el hecho es que son esfuerzos por entender y reordenar las nuevas situaciones sociales y al mismo tiempo, reorientar esfuerzos hacia nuevos proyectos y nuevas utopías.

En la situación actual por la que atravesamos cabría preguntarnos, si la preocupación que experimentamos acerca de este tema es realmente un problema que gira en torno a lo que hemos llamado "crisis de valores", como un ausencia o presencia de los mismos. Si partimos del supuesto que toda persona requiere de valores para su actuar cotidiano, el asunto no se puede tratar como una situación de valores o no valores, sino más bien, como una situación nueva en que la persona se ve precisada a elegir valores diversos a los acostumbrados. Así, lo que importa no es por tanto que cada persona tenga o no valores, pues el problema consiste en los valores que elige, o que se ve inducido a elegir, y el cómo los elige.

Esta situación se percibe más claramente dentro del contexto de la cultura. La cultura se hace presente con un conjunto de valores socialmente jerarquizados, mediante los cuales, el grupo social adquiere elementos constitutivos de identidad. El hecho de que los valores estén culturalmente integrados en el acontecer social no significa, necesariamente, que éstos sean ayudas concretas en el proceso de hacernos cada vez más humanos.

Me atrevería a afirmar, como lo señala W. Luyten en su fenomenología del derecho natural,<sup>3</sup> que los valores de una sociedad no pueden siquiera medirse en función de los principios reconocidos en su constitución, ni en su monumentos, ni en la demagogia de sus políticos. Todo este conjunto difícilmente sirve para determinar hasta dónde ha avanzado nuestra sociedad por el difícil camino que conduce a una comunidad digna del hombre.

El valor de las relaciones que efectivamente existen se disfrazan con referencias a principios y se llega incluso a ocultar tras mistificaciones, argumentando que los principios son "sagrados" y llegando a recurrir a garantías

---

\* Investigador del Centro de Investigación y Formación Social y profesor del Departamento de Educación y Valores del ITESO.

divinas. Es un hecho que la apelación a un principio "sagrado" y "eterno", provisto inclusive de una "garantía divina", no basta para hacer que sean humanas las relaciones que efectivamente abarcan y dan forma concreta al reconocimiento del hombre por sus semejantes. Lo que sí podemos afirmar es que el valor de una sociedad depende de la importancia que se asigne a las relaciones del hombre con sus semejantes en comunidad y en su entorno concreto.

Hablar de "valores culturales" productos de nuestra sociedad, puede conducirnos a la confusión de entender los antivalores, por los cuales nos deshumanizamos, como valores. Visto así, conviene abordar el problema desde otros enfoques y asomarnos a otros campos tales como el filosófico y el ético, esto con el fin de revisar nuestro quehacer educativo.

### **Un problema filosófico-educativo**

El problema de los valores -entendido como el valor en sí mismo, o bien como el valor asociado a la percepción de un bien humano- puede continuarse en una reflexión interminable como lo muestra la historia de la filosofía. Sin pretender invalidar alguna postura, convendría relativizar, por un momento, aquellos que consideramos nuestros valores, lo que hemos sopesado y asumido de manera racional a lo largo de nuestras historias personales -valores expresados como justicia, verdad, libertad, democracia, responsabilidad,- y ubicarnos en comunicación abierta con nuestra realidad inmediata, en un diálogo que brota de nuestra cotidianidad, personal y/o institucional, con respecto al "qué" y al "cómo" estamos actuando. El supuesto es que lo valioso no se reduce a verbalizar nuestra axiología, sino que lo valioso será aquello a lo que le dedicamos la vida, si no toda, al menos parte de ella.<sup>4</sup>

La anterior visión propuesta nos permite fijar con más precisión el punto de atención de nuestro quehacer educativo, que consiste en mirar lo que hacemos, el cómo lo hacemos y el sentido que le damos. No se trata de cuantificar las actividades a las que les dedicamos mayor o menor tiempo, sino rescatar el qué, el cómo y el sentido que le doy a la actividad que desarrollo en la cotidianidad, tales como trabajo, relaciones, actividades informales. No siempre es fácil descubrir los modos que tienen lugar en nuestro quehacer cotidiano y más difícil es aún descubrir su sentido. A la dificultad propia de este camino para quitar obstáculos y poder ver, hace contrapeso el deseo de que viendo lo que nos humaniza podamos intencionarlo más.

Cierto es que se corre el riesgo de ir por un camino individualista y sería así en caso de que el sujeto no tuviera el atrevimiento de exponer ante los otros lo que hace, el cómo lo hace y el sentido que le da, renunciando a disfrutar en el esfuerzo conjunto la construcción de su persona.

Esta construcción se inicia a partir de la explicitación que se da entre nuestro "querer y hacer"; nos construimos a partir de lo que hacemos y tratamos de hacer aquello que queremos en un desarrollo que conlleva una tensión constante y un esfuerzo cotidiano de coherencia; asumir este proceso de tensión y esfuerzo nos permite mantener unidos aspectos que con facilidad tendemos a separar: lo personal-colectivo y lo intelectual-afectivo. Esta situación constituye la raíz de un problema ético

### **Un problema ético-educativo**

Cualquier persona se encuentra en riesgo permanente de mirarse parcialmente y mutilar el desarrollo conjunto de su persona. De manera individual se da a través del aislamiento y de la polarización de la razón o del sentimiento; de manera más amplia este problema se evidencia en distintas situaciones producto del "cambio de época" que estamos viviendo. La economía, por ejemplo, parece erigirse como ídolo insaciable demandando cada vez más sacrificios humanos en el marco de su lógica macro; el fin es la eficiencia y la eficacia económica en beneficio del gran capital, favorecido así a unos cuantos y menospreciando el mejoramiento de las mayorías.

Podemos señalar también, que así como ya no se cree en la economía como el instrumento por excelencia para resolver nuestros problemas, el hombre y la mujer de hoy tienden también a descreer y no sin razón, de la ciencia, el amor, la religión, las utopías, la patria. Los valores que sustentan todos estos dinamismos o conceptos han venido a menos; pretender mantenerlos a toda costa puede conducir a posiciones cerradas, autoritarias y fundamentalistas que impiden nuestro crecimiento personal y social con base en un valor impuesto.

La mutilación o parcialización de nuestras personas por nosotros mismos o por otros, plantea un problema ético: cómo hacernos cada vez más personas en esta cultura y en esta sociedad que nos ha tocado vivir; entendiendo por persona a todo ser humano en posibilidad y en proceso de hacerse cada vez más dueño de sí mismo, de sus pensamientos y de sus actos.

No se pretende ignorar que el proceso civilizatorio dominante en su conjunto obstaculiza el comportamiento que nos puede llevar a destrabar un problema que gira en torno a la dirección y sentido de lo que hacemos, y consecuentemente, del modo en que nos hacemos a nosotros mismos. Tratar de revertir este proceso demanda un aprendizaje largo y costoso a la par que un esfuerzo permanente, pues implica dismantelar o transformar estructuras importantes que durante siglos hemos construido.

El horizonte puede ser poco esperanzador si llegamos a suponer y a creer que el individuo además de su "condicionamiento" estructural y social se encuentra también totalmente "determinado", por la genética, la cultura, lo social, el inconsciente y hasta el lenguaje, verlo así no nos brinda posibilidades de elección, ni de valoración, ni de crecimiento humano.

El problema ético originado por una disección de lo que somos y manifestado en actuaciones valoradas parcialmente nos da la clave para asumirnos desde nuestra totalidad. Es aquí donde la ética presenta un camino todavía a nuestro alcance, pues implica suponer al menos, un pequeño espacio de libertad en el interior de nuestras personas que nos ayuda a vernos de una manera más completa.

Si bien la ética nos permite abordar el problema de la realidad mutilada del hombre desde distintos enfoques, como un "deber ser" -Kant-, como "cultivo de virtudes" -Escolástica-, como un "querer ser" -Savater-, lo interesante es que éstas inquietudes tienen su foco de atención en la persona, como individuo capaz de crecer en el desarrollo amplio de su conciencia y de su actuar, sin que en este ámbito íntimo pretenda ignorar, ante sí mismo, las implicaciones de sus decisiones y actuaciones.

El colocar ante nosotros mismos un indicador que nos permita caer en la cuenta del por dónde vamos caminando, implica tomar del campo de la ética lo que podemos llamar "criterio ético", entendiendo criterio en su sentido

etimológico; es decir: crítica, crisis. La formulación de un criterio ético nos permitirá iniciar el recorrido por donde se habrán de revisar nuestros planteamientos valorales -personales, interpersonales o institucionales-, impulsando a movernos, acorde a nuestras capacidades y deseos, hacia nuevas posiciones más humanas y más justas.

Criterios éticos y educación tienen mucho en común si se entiende la educación como algo que no es aséptico o carente de valor, y que, por el contrario, todo proceso educativo conlleva, explícita o implícitamente, una valoración dada por las personas que interactúan en dicho proceso. En ese contexto tendríamos que colocar ante nosotros mismos lo que entendemos por educación y esto, en la tesitura valoral que le damos a través de nuestro discurso y, sobre todo, a través de las acciones educativas concreta que realizamos. Esto permitirá abrirnos a una comunicación intrapersonal, entre lo que hago y quiero, e interpersonal, en confrontación y validación con lo que en comunidad hacemos y queremos, con el fin de mejorar nuestros modos de relación educativa entre formador y formando. Este movimiento de revisión permite ir aclarando y actualizando los criterios éticos relevantes para el desarrollo del proceso educativo.

El proceso educativo en movimiento a la coherencia implica una explicitación y una actuación de manera personal y/o institucional, de aquello que consideramos valioso. Esta explicitación es un paso importante para poder detectar si nuestro movimiento avanza o retrocede en concordancia con nuestras acciones. En el quehacer educativo, la axiología es algo necesario de explicitar a manera de filosofía educativa o ideario, pero todo esto seguirá siendo volátil si no no revisamos y cuidamos los modos concretos de su práctica y la constante actualización de los significados.

Señalar algo a lo que se tiende y se considera como “bueno” no implica la apropiación, ni provee de los medios necesarios para su desarrollo. La coherencia y la consistencia entre lo que se quiere y lo que se hace, pero más, entre lo que se hace y se dice que se quiere, nos da elementos no sólo para detectar aciertos o desaciertos, sino para mejorar aspectos de nuestra práctica educativa.

### **La mediación valoral, una propuesta manejable**

Desde un punto de vista, el trabajo del formador conlleva en buena medida, dirección y sentido valoral en la apropiación del conocimiento que se da en el proceso de aprendizaje. Desde otra perspectiva, toda persona se ve obligada a realizar un recorrido único para apropiarse del conocimiento; y para que dicha apropiación realmente se dé y no solamente se llegue a entender, tiene que llegar el momento en que la persona valore dicho conocimiento. Este momento de valoración puede ser, en el proceso de aprendizaje, el último paso de la aprehensión del conocimiento; pero puede suceder también que, el individuo, a partir de una nueva experiencia valoral, reordene y actualice conocimientos con una nueva dirección y sentido.

El hecho es que la valoración se convierte, en algún momento del proceso de aprendizaje, en condición indispensable para su apropiación ya sea de

manera inducida, revelada o descubierta. Esto lo podemos verificar fácilmente en las experiencias personales, ya que todo conocimiento que a lo largo de nuestra vida no hemos llegado a valorar -y que puede ser una valoración que va de lo meramente útil hasta lo trascendente, pasando por lo social-, simplemente lo desechamos.

Intencionar la valoración en un momento del proceso de aprendizaje a través de los contenidos mismos de la materia es un disparador importante para la apropiación del conocimiento. Ahora bien, para que el valor dado al conocimiento adquirido apoye un desarrollo personal y social más humano y más justo, demanda referirnos a planteamientos más específicos.

Si queremos reordenar la vida en torno a valores humanos y justos con significados actualizados, implica movernos en un territorio de confrontación y de mutuo respeto; un territorio donde se dé una comunicación abierta a través de lo que decimos y de lo que hacemos, en y más allá del espacio formal educativo. Un aspecto importante que ayuda a fundamentar esta postura, son los resultados de algunas investigaciones en relación a los valores; estos resultados tienden a señalar con más claridad que los valores adquiridos por los alumnos no se generan en primera instancia en los procesos educativos de carácter formal y previamente diseñados, sino que son los procesos de carácter interpersonal los que parecen influir significativamente en el desarrollo de los valores de las personas.

Dicho en otras palabras, el territorio para el desarrollo valoral de la educación no presenta un límite geográfico, es en el aula y más allá del aula; su característica principal es que no pretende ni puede ser un ámbito rígido de acción, sino un territorio delimitado por la construcción de significados comunes a través de los cuales es posible ampliar los espacios de interacción social. Este territorio no es aséptico a causa del desarrollo valoral educativo que allí se da, conlleva una intención valoral, la de la libertad y la igualdad.

Visualizado y aceptado el territorio y su significado, el trabajo a realizar consiste en asumir la tensión que allí se da, la de libertad-igualdad. Para ello, el formador ha de ofrecer al formando los señalamientos que le permitan entender por dónde es posible caminar y a dónde se puede llegar. Implica un diálogo a modo de puentes o andamiajes por los cuales se pueda transitar sin quedar atrapados en una sola dirección, donde se pueda reflexionar y elegir con libertad. Se trata de crear, desde la experiencia, conocimiento y sabiduría acumulada, del formador y formando, las mediaciones que nos permitan clarificar tres cosas: en dónde estamos, a dónde queremos y podemos llegar, y cómo acceder al camino que haga posible la dignidad humana y la calidad de vida, de una manera más igualitaria.

En el territorio de la libertad igualitaria el proceso de valoración no implica sólo la revisión personal del formador o del formando, sino también la revisión continua de los planteamientos valorales y de interrelación institucional que se dan en la realidad cotidiana. Pero, ¿cómo iniciar esta revisión tanto personal como institucional? Una manera es el criterio ético de aquello que podemos llamar "paridad ontológica";<sup>5</sup> es decir, reconocer que somos pares: hombre-mujer, persona-institución, padre-hijo, formador-formando, y mirarnos desde el Otro-Yo, responder a lo que es bueno no sólo para mí o para el otro, sino para ambos.

Habría que añadir que esta idea no es simplemente ponernos en el lugar del otro y tratar de entender lo que le pasa al otro; es un proceso de espiral

ascendente con un punto de partida y con infinidad de puntos de llegada donde cotidianamente nos habremos de mirar desde el Otro-Yo. Implica que como formadores nos ejercitemos en contemplarnos cómo nos ven nuestros alumnos; que como institución nos reconozcamos cómo nos miran nuestros maestros y alumnos; que en tanto institución y comunidad educativa nos observemos cómo nos ve la sociedad que recibe el resultado de nuestro trabajo. Este mirarnos desde el otro nos abre la posibilidad de revisar, modificar o actualizar lo que hacemos y lo que decimos, y consecuentemente desarrollar nuestra práctica de una manera más relevante, significativa y ética.

## **Para concluir**

Repensar los planteamientos valorales de las instituciones educativas y la responsabilidad que les toca asumir, implica repensar los modos de interacción de las personas concretas que conforman las instituciones. Repensar implica abrirnos a la reflexión de lo que hacemos y decimos, en un territorio de libertad igualitaria donde nos podamos mover sin quedar atrapados en una sola dirección pero con un criterio ético de orientación, el de mirarnos desde el Otro-Yo. De esta manera se abre la posibilidad de ofrecer ámbitos más amplios de acción y compromiso.

En el ámbito formal educativo, el criterio ético no sólo ha de asumirse como mediación educativa sino que se ha de intencionar, relacionándolo con espacios de reflexión que permitan acciones específicas, en campos tales como la democracia, el medio ambiente, los derechos humanos, que se puedan plantear a modo de matriz básica de acción común<sup>6</sup> abierta a nuevas categorías y que permita a la persona, cualquiera que sea, la posibilidad de una mayor interacción, concreción de sus acciones y valoración ética.

Esta mediación valoral, como criterio ético, vinculado a una problemática actual en el ámbito de la educación formal y más allá de ésta, demanda un tratamiento distinto del tradicional para su concreción en el currículo. Implica una integración más en sentido transversal, abriendo así la posibilidad de integrarse a los contenidos propios de las diversas materias inscritas en el ámbito académico. Este es el enorme trabajo que aún queda por construir.

Para finalizar, podríamos decir que abordar el tema de la formación en valores desde la mediación de un criterio ético es asumir una tensión que gira en torno a una dialéctica de vida-dignidad e individuo-sociedad, donde cada uno y ayudado por los otros se esfuerza por abrirse camino entre los condicionamientos, los determinismos y la libertad.

## **Notas**

1. Este artículo surge de una reunión de investigadores celebrada el día 8 de noviembre de 1996 en el ITESO, con el fin de compartir lo que varias personas han venido trabajando acerca de los valores. Algunas de las ideas expuestas y comentadas en la reunión se presentan aquí con un orden y enfoque personal por parte del autor de este artículo. En esta reunión los investigadores invitados fueron: La Doctora María Eugenia Sánchez del Centro de reflexión y promoción social de la UIA-Golfo

Centro, la Maestra Teresa Wuest Silva del Centro de estudios sobre la universidad de la UNAM, la Maestra Maura Rubio Almonaid del departamento de Educación y desarrollo humano de la UIA-Santa Fe, La Maestra Joaquina Palomar Lever, del departamento de Psicología de la UIA-Sta. Fe, el Doctor Enrique Luengo González, Rector de la Universidad Latina de América, y el Maestro Sergio Sandoval del departamento de Estudios socioculturales del ITESO.

2. Instituciones como la Confederación Patronal de la República Mexicana (COPARMEX), el Banco Nacional de México (BANAMEX), la Secretaría de Educación pública (SEP), la Universidad Iberoamericana y la Arquidiócesis de la ciudad de México han realizado investigaciones en torno al tema de los valores.
3. W. Luypen. *Fenomenología del derecho natural*, Buenos Aires, Argentina, Carlos Lohlé, 1968. p.9.
4. Armando Rugarcía Torres. *Educación en valores*, colección Lupus Magister. Universidad Iberoamericana G. C. Puebla, México, 1996. p.90.
5. Expresión propuesta por Maura Rubio en la reunión de investigadores del 8 de noviembre de 1996, organizada por el Centro de Investigación y Formación Social (CIFS) y el departamento de Educación y valores del ITESO.

Matriz propuesta por Teresa Wuest en la reunión de investigadores del 8 de noviembre de 1996, organizada por el CIFS y el departamento de Educación y valores del ITESO.